

CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA

UN LLAMAMIENTO A LA UNIDAD Y LA SOLIDARIDAD

MENSAJE DEL COMITÉ PERMANENTE

Hermanos y amigos colombianos:

Después de nuestra pasada Asamblea Plenaria del mes de marzo, nosotros, los miembros del Comité Permanente del Episcopado Colombiano, hemos celebrado nuestra reunión de Pascua.

Nuestro pensamiento ha estado en el momento histórico que vive el País. Hemos mirado la realidad de sufrimiento y queremos, desde nuestra fe en el Señor Resucitado y nuestro amor a Colombia, encontrar una respuesta.

Una serie de acontecimientos y realidades hacen muy grave la situación actual de Colombia.

- El asesinato de Monseñor Isaías Duarte nos ha hecho sentir, a nosotros obispos y a toda la Iglesia que peregrina en Colombia, un inmenso dolor. Comprendemos bien que en él se ha cumplido la palabra del Señor Jesús: “el buen pastor da su vida por sus ovejas” (Jn 10, 11). “No hay amor más grande que éste: dar la vida por sus amigos” (Jn 15,13). Apóstol de la paz, asiduo defensor de los derechos de los más necesitados, testigo valeroso de la verdad, todo esto es la herencia espiritual y apostólica que nos deja Monseñor Isaías y que trataremos de conservar viva en nuestro ministerio episcopal.

Muy cercana en el tiempo a la muerte del Señor Arzobispo estuvo el asesinato del Padre Juan Ramón Núñez, párroco de la Argentina, en la Diócesis de Garzón, mientras distribuía la Sagrada Comunión. Era un sacerdote y párroco ejemplar y abnegado como muchos párrocos en el País.

- El recrudecimiento de la violencia ha llegado a los peores extremos de violación del Derecho Internacional Humanitario y de irrespeto a los valores religiosos a que tiene derecho una comunidad. El “execrable atentado” en el templo de Bellavista en Bojayá – Chocó- ha merecido el rechazo del mundo entero. Pasa de un centenar el número de muertos, muchos de ellos niños. Hay un numeroso grupo de personas que ha tenido que desplazarse buscando respuesta a sus más elementales necesidades. Desafortunadamente éste ha sido un nuevo ejemplo de

lo que sufren las poblaciones por enfrentamientos de grupos armados que buscan dominar un territorio. Todo el país siente muy de cerca la gravedad de la crisis humanitaria que allí se ha generado.

- Estas muertes nos llevan a una profunda reflexión sobre la realidad de nuestra Patria. ¿Hasta dónde puede llegar la violencia cuando se endurece la conciencia y se alteran los valores en una sociedad?
- A los muchos secuestros que ya hieren al País se ha agregado el secuestro de la Doctora Ingrid Betancur, Candidata a la Presidencia de la República, del grupo de los Señores Diputados de la Asamblea del Valle y del Señor Gobernador de Antioquia y su Asesor de Paz. Todo secuestro es grave porque viola los más profundos derechos de la persona: a su vida en plena libertad; si subrayamos algunos en especial, lo hacemos porque ellos han herido de manera grave la Democracia en zonas del País, que ya han sufrido por la violencia y el terrorismo. No podemos olvidar el inmenso número de secuestrados que tiene Colombia y cuyo retorno a la libertad estamos esperando.
- Estos hechos dolorosos se viven en un contexto de sucesos terroristas que dejan miles de desplazados, secuestrados, poblaciones civiles víctimas del miedo, con el consecuente abandono de las tierras y las amenazas constantes contra la vida y la libertad.
- El empobrecimiento de la población es creciente y escandaloso, los niveles de desempleo y la falta de oportunidades se extienden por toda la nación. Las peores condiciones de vida se encuentran en las zonas rurales. La crisis del sector cafetero afecta a 500.000 familias que viven de este producto.
- No olvidamos el conflicto urbano, resultado del encuentro de guerrilla, autodefensas y delincuencia, fruto del narcotráfico y del comercio de armas.
- Para comprender mejor la gravedad de los hechos que estamos enumerando, es muy importante, mirar a las personas víctimas de ellos. Nos parece que lo más dramático puede ser el presente y el futuro de los niños: sin hogares o con familias destrozadas, sin acceso a la educación y la salud, la situación de la infancia en zonas de conflicto armado es particularmente preocupante. El futuro de los jóvenes se ve incierto en un contexto de falta de trabajo, de oportunidades de educación y de progreso cultural. Las mujeres que están en los grupos armados o aquellas que han quedado viudas o que forzosamente se tienen que enfrentar con la situación de ser cabezas de hogar, merecen toda nuestra atención. La situación de los ancianos es ciertamente difícil: ¿quién se ocupa de ellos cuando el conflicto arrecia?

Una de las consecuencias de toda esta realidad enumerada hasta aquí, es la pérdida de identidad de hermanos colombianos e incluso la pérdida de la dignidad humana, la desesperanza y la falta de sentido. El miedo es una nota característica del momento.

Sin embargo es necesario subrayar que es la hora de la **UNIDAD** y la **SOLIDARIDAD**. El gran valor que nos ha de mover es nuestro sentido de pertenencia a una misma Patria y a una sola familia humana. En diversas oportunidades hemos citado el gran principio que enuncia Juan Pablo II con estas palabras: “Habrá paz en la medida en que toda la humanidad sepa redescubrir su originaria vocación a ser una sola familia, en la que la dignidad y los derechos de las personas - de cualquier estado, raza o religión - sean reconocidas como anteriores y preeminentes respecto a cualquier diferencia o especificidad”¹. De allí nace la solidaridad “camino hacia la paz y hacia el desarrollo” y que no es “un sentimiento superficial por los males de tantas personas (...) Al contrario, es la determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común; es decir por el bien de todos y cada uno, para que todos seamos verdaderamente responsables de todos”².

Tenemos la certeza de la presencia de Dios en medio de nosotros, poseemos la capacidad de unirnos al dolor ajeno que es patrimonio de todos.

Hacemos un llamado a todos los colombianos para que hagamos sentir a las víctimas de todos los hechos arriba enumerados que ninguno está solo. Unidos podemos encontrar caminos de salida a las situaciones arriba planteadas.

Oremos para que los violentos conviertan su corazón a los valores del Evangelio y el auténtico patriotismo. Oremos para que no se extinga en nosotros la luz de la esperanza cristiana.

Este mes de mayo nos une alrededor de la Virgen María. Que ella despierte en todos nosotros sentimientos de solidaridad, reconciliación y perdón.

Bogotá, D.C., 10 de mayo de 2002

+ Alberto Giraldo Jaramillo
Arzobispo de Medellín
Presidente Conferencia Episcopal

¹ JUAN PABLO II, Mensaje para la Jornada de la Paz 2000, n. 5.

² JUAN PABLO II, Encíclica SOLLICITUDO REI SOCIALIS – SRC – n. 38.